

gun tiempo ni lugar escatima sus no interrumpidos beneficios, porque á todas partes envía el fidelísimo Juez del Universo, lleno de celo, personas laboriosas que cultiven el campo de la Iglesia con el arado de la fe á fin de que la siembra de Cristo prospere bajo el hábito de Dios y dé fruto centuplicado; y tan léjos se extiende su providencia salutífera que no la niega en ninguna parte, sabiendo á cuantos puede ser provechosa. Por efecto del sacratísimo ejemplo (y trabajo) de estas personas (sus agentes) podrá conceder la corona (de la dicha eterna) á muchísimas personas cuando juzgue á todos. Por esto, al principio, cuando se introdujo la doctrina católica en el ámbito de la Galia, cuando solo muy pocos habian tenido noticia de la santidad inefable de la Divina Trinidad, movido por su misericordia previsora envió á San Martín, hijo de otro pueblo (1), á iluminar nuestra patria, para que aquí no recogiera Dios menos que en el (resto del) ámbito de la tierra por las predicaciones de los apóstoles; y San Martín, no obstante haber vivido en otra época posterior á la de los apóstoles, no careció de la gracia divina que tuvieron éstos y se indemnizó de no haber sido compañero de ellos con los riquísimos frutos de su propaganda, pues ninguna mengua es llegar despues de los otros cuando se está encima de ellos por los méritos.

»Nos felicitamos, hermana venerabilísima, de que las obras de su amor (de San Martín) á las cosas celestes hayan resucitado en vos por la gracia divina, porque no obstante haber llegado á ser viejo el mundo y aproximarse á su fin, reverdece y produce nuevas flores la fe por la lucha de vuestro corazón (2); lo que el hielo final de la senectud del mundo ha entibiado, volverá á calentar el ardor de vuestra alma. Siendo vos originaria casi del mismo país de donde vino San Martín (3) segun nos han dicho, no es extraño que querais imitar con obras á aquel que creemos fué vuestro guía, á fin de llegar á igualarle y ser tan estimada émula del varón santísimo, como despreciadora de las cosas mundanas. Como esta opinion os rodea de resplandor, llenais los corazones de los que os escuchan de luz tan celestial que atraeis de todas partes las doncellas despues de haber inflamado con la chispa del fuego divino sus corazones, que impacientes de saborear el amor de Cristo en la fuente que brota de vuestro pecho, abandonan á sus padres y parientes, y prefieren seguirlos á vos mas que á sus madres. Esto es efecto de la gracia divina, y no del poder humano. Y nosotros, viendo lo que tanto celo reclama, damos gracias á la merced del cielo que enlaza las voluntades humanas con la suya, y confiamos en que abrigará en sus brazos á cuantas envíe á reunirse al rededor de vuestra persona.

»Habiendo, pues, sabido que por la gracia de Dios han acudido presurosos á vivir bajo la regla de vuestra comunidad varias jóvenes de nuestros territorios, y enterados del deseo expresado en vuestra apreciada carta, decidimos en el nombre de Cristo Nuestro Señor y Salvador (si bien todas las que allí se congregan para vivir igualmente en el amor del Señor han de cumplir inquebrantablemente lo que han prometido de su libérrima voluntad, pues no está bien faltar á la fidelidad prometida á Cristo bajo la invocacion del cielo como testigo, porque no es poco crimen profanar el templo

(1) San Martín nació el año 316 en Sabaria, hoy *Stein-am-anger*, en Hungría; sirvió en el ejército romano, en el cual tuvo varios ascensos, sin perder sus tendencias ascéticas. Obtenida su licencia, perseguido en su país, trasladóse á la Galia, donde el pueblo le eligió obispo de Tours en 375. Murió por el año 400. (N. del T.)

(2) La lucha entre los placeres del mundo y la determinacion de renunciar á ellos, en el corazón de Radegunda.

(3) Porque ambos vinieron de regiones de bárbaros. Por lo demás descendía Radegunda de tribus establecidas en Turingia, cuando los francos empezaron á figurar en la historia.

de Dios, exponiéndole á ser consumido por el terrible fuego de la ira divina), decidimos expresamente que las jóvenes que de los lugares sometidos por la voluntad de Dios á nuestra direccion episcopal hayan pasado á vuestro convento de Poitiers, no puedan volver á salir de él, conforme lo ordenado por Cesario, obispo de Arles, de feliz memoria, si, segun lo prescribe la regla, han entrado declarando hacerlo de su propia voluntad; á fin de que por la conducta escandalosa de una no se desacredite lo que merece el respeto de todos; y si, por lo mismo una, cediendo á las sugerencias de su corazón extraviado, se despojare, lo que Dios no permita, de su decoro, de su gloria y de su corona para cargar con el probio de abandonar, escuchando el consejo del espíritu protervo, los muros del convento para ir á otra parte, como Eva fué expulsada del paraíso (por escuchar los consejos del mismo espíritu maligno), y vivir pisoteada en el fango de los caminos, será excluida de nuestra comunión y anatematizada; de modo que no solamente ella, la evadida, sino tambien el marido, si despues de haber abandonado á Cristo, y dominada por el diablo, se casara con un hombre, serán considerados como profanadores y adúlteros, y la misma pena y la que imponga segun deseamos y queremos la justicia divina, tocará á cuantos hayan contribuido con su obra ó consejo al crimen, hasta que ella se arrepienta y se haga con las penitencias necesarias digna de poder ingresar otra vez en el recinto que abandonó. Añadimos que todos nuestros sucesores en las sillas episcopales deben condenar de esta misma manera á cuantas en adelante se hagan culpables, y si, lo que no creemos, atenuaren en algo esta nuestra resolucíon, sepan que nos darán cuenta de ello ante el juez eterno; pues es precepto general de salvacion que lo prometido á Cristo ha de cumplirse inquebrantablemente.

»Hemos creído conveniente robustecer esta nuestra resolucíon con nuestra firma, á fin de que quede con el auxilio de Cristo perpétuamente en vigor.»

«Concluida la lectura de esta carta, dijo Crodielida: «Jamás desistiremos por cosa alguna del propósito de ir á ver los reyes, nuestros parientes.» Habian venido desde Poitiers á pie sin tener ni una sola cabalgadura para su alivio, y por lo mismo estaban cansadas y bastante atropelladas; ni nadie les habia dado de comer en el camino; y cuando llegaron á nuestra ciudad el 1.º de marzo habia llovido muchísimo, haciéndose con tanta agua los caminos intransitables.

»Tambien dijeron mucho mal de su obispo, que con su falsedad las habia alborotado y habia sido causa de su salida del convento. Para exponer el origen del escándalo, tengo que volver muy atrás.

»Cuando Santa Radegunda fundó este convento, vivió siempre sumisa y obediente á los obispos (de la ciudad y diócesis de Poitiers); pero cuando Maroveo hubo obtenido el obispado envió eclesiásticos al emperador de Oriente con cartas del rey Sigeberto, que éste le facilitó por atencion á Santa Radegunda, á quien veneraba mucho, para pedir un pedazo de la Vera-Cruz y reliquias de los apóstoles y otros mártires. Marcharon los comisionados y regresaron con las sagradas prendas, y entonces la santa suplicó al obispo que las depositase con los honores debidos y gran salmeo en su convento; pero el obispo en lugar de hacerlo montó á caballo y se fué á una hacienda. Entonces dirigióse Radegunda otra vez al rey Sigeberto suplicándole que nombrara un obispo para que condujera las reliquias con los honores debidos al convento y las depositara en él, conforme deseaba. Este encargo fué dado á San Eufronio, obispo de Tours. San Eufronio se trasladó con su clero á Poitiers y en ausencia del obispo condujo las santas reliquias con grandísima pompa, muchos salmistas, muchos cirios y gran sahumero de tomi-

llo al convento. Mas adelante Radegunda trató repetidas veces de reconquistar el afecto de su obispo, pero sin resultado, y entonces le fué forzoso pasar con la abadesa que habia nombrado á la ciudad de Arles, donde recibieron la regla de San Cesáreo (1) y de Santa Cesárea y se aseguraron la proteccion del rey; porque no podian contar con la de aquel que debia haber sido su pastor. Desde entonces fué creciendo de día en día el encono, hasta la muerte de Radegunda. Habiendo ésta pasado á mejor vida, la abadesa solicitó de nuevo la proteccion de su obispo, el cual al principio se la negó, pero mas adelante, siguiendo el consejo de los suyos, prometió ser, como le correspondia, su padre espiritual y concederle su proteccion cuando fuese menester. Así lo hizo; fué á ver al rey Childeberto y consiguió de él una órden que le concedia la direccion general de este convento y de sus demás feligresías; pero algo, no sé qué, quedó, creo, en su pecho, lo cual dió lugar segun aseguraron estas jóvenes al escándalo que dieron.

»Visto su empeño, segun se ha dicho, de ir á ver al rey, les dimos este consejo: «Ya que no atendeis á la razon ni á la ley; ya que no hay modo de haceros adoptar una conducta que os preserve de malas lenguas y de la vergüenza; ya en fin que no quereis admitir un buen consejo, á lo menos dejad pasar este tiempo invernal que se ha presentado esta primavera é id á donde os empuja vuestra voluntad cuando el tiempo esté mas apacible.» Este consejo fué admitido por ellas.

»Cuando llegó el verano, dejó Crodielida las otras monjas bajo la vigilancia de su prima en Tours y fué á ver al rey Gontran, que la recibió muy bien, la honró con presentes y ella regresó á Tours, dejando á Constantina, hija de Burgo-leno, en Autun para aguardar allí á los obispos que por órden del rey debian ir á examinar sus quejas contra la abadesa. Pero entretanto muchas monjas se habian dejado engañar por hombres, con los cuales se casaron antes que Crodielida y su prima volvieran de la entrevista con el rey; y cuando vieron despues de aguardar mucho tiempo que los obispos no se congregaban, volvieron todas á Poitiers, donde se acogieron al asilo sagrado de la basílica de San Hilario. Allí se les juntaron ladrones, asesinos, adúlteros y criminales de toda clase, y apoyadas en esta gente prepararon (Crodielida y Basina) la resistencia armada, diciendo: «Somos princesas reales y no volveremos á pisar nuestro convento hasta que haya sido expulsada de él la abadesa.»

»Vivia á la sazón en aquel convento una reclusa que pocos años antes habia saltado el muro del recinto y se habia refugiado en la basílica de San Hilario, acusando allí á la abadesa de muchas cosas, todas falsas conforme sabemos. Despues fué subida otra vez por medio de cuerdas al convento en el mismo sitio por donde habia saltado. Suplicó entonces que la encerraran en una celda aislada, diciendo: «He pecado mucho contra Nuestro Señor y contra mi señora Radegunda (que entonces todavía vivía), y quiero separarme de toda la comunidad y hacer penitencia para expiar mis pecados, porque sé que Dios es misericordioso y perdona á los arrepentidos.» Metióse, pues, en su celda, pero cuando Crodielida hubo regresado de ver al rey Gontran, la reclusa derribó una noche la puerta de su celda, abandonó el convento y se juntó con Crodielida, vomitando como antes muchas acusaciones contra la abadesa.

»En esto llegó de Burdeos Gundegiselo metropolitano de

(1) San Cesareo, obispo de Arles desde 502 hasta 543, célebre en la historia monástica por sus muchas fundaciones de conventos de frailes y monjas, por las detalladísimas reglas que les dió, y finalmente, por ser gran defensor (especialmente en el sínodo de Orange 529) de la doctrina de San Agustín.

Poitiers, con los obispos Nicasio, de Angulema, y Safario, de Perigueux, y con Maroveo, de Poitiers, se trasladaron á la basílica de San Hilario. Allí Gundegiselo reprendió á las mujeres y quiso volverlas al convento, y resistiéndose ellas obstinadamente las excomulgó en union de los otros obispos en cumplimiento de lo mandado por la carta cuyo texto dimos mas arriba. Entonces aquellos perdidos, recogidos en la misma basílica, se sublevaron y apalearon de tal manera á los obispos que les dejaron tendidos en el suelo y á duras penas pudieron levantarse y huir. Tambien apalearon á los diáconos y demás clérigos, los cuales con la cabeza rota y ensangrentados huían de la basílica, y tan grande fué el pánico de los obispos, yo creo que allí tuvo parte el demonio, que cuando salieron del templo ni siquiera se despidieron, sino que cada uno se fué á su tierra tomando el primer camino que encontró. Un diácono, llamado Desiderio, del obispo Siagrio de Autun, no esperó á buscar el vado del rio Clain (2), sino que se precipitó en él con su caballo, que nadando le llevó á la otra orilla, donde habia playa.

»Entonces nombró Crodielida jefes, se apoderó de los patios del convento y de cuantos servidores de éste cayeron en sus manos, y á fuerza de palos les obligó á ponerse á su servicio, amenazando que si llegaba á entrar en el convento arrojaría á la abadesa de la muralla abajo. Cuando el rey Childeberto llegó á saberlo, mandó inmediatamente al gobernador Maco (de Poitiers) que apaciguara aquellos desórdenes á la fuerza.

»Gundegiselo, habiendo excomulgado con los otros obispos á aquellas mujeres, envió á los obispos reunidos entonces cerca del rey Gontran, una carta en su nombre y en el de las víctimas de aquel atropello. Los obispos contestaron aprobando la excomunion y la abadesa por su parte envió la carta de Santa Redegunda á los obispos de las ciudades mas próximas.»

Los obispos reunidos cerca del rey Gontran eran, segun Ruinart: Eterio de Lyon, Siagrio de Autun, en cuya ciudad se celebró este sínodo, Anacario de Auxerre, Esiquio de Grenoble, Agrícola de Nevers, Urbico de Riez, Félix de Belay, Veranio de Cavaillon, Félix de Chalons y Bertran del Mans; solo que en las actas faltan las firmas de los obispos Anacario y Agrícola.

Nosotros omitimos aquí la carta de Santa Redegunda, que Gregorio inserta en su obra, pero de ella merece mencionarse la aprobacion de Clotario I á la adopcion de la regla de Cesáreo para el convento de que se trata, al cual éste mismo rey dotó ricamente. Tambien aprobó, segun se vé en el mismo documento, el nombramiento para abadesa de Inés, á quien dice haber educado desde su niñez y amado como hija. Resulta además del documento que Radegunda y todas sus monjas cedieron por escritura formal al convento todos sus bienes terrenales, para no tener la suerte de Ananías y Sáfira, y que todos los cuatro hijos de Clotario I reconocieron con juramento firmado de su puño la fundacion, sus bienes y la dotacion. Finalmente, suplica Radegunda en esta carta á los reyes, obispos, funcionarios, á los magnates francos y á las hermanas que protejan á la abadesa Inés, que procuren dar á la misma Radegunda una sucesora digna y para ella un sepulcro en la basílica de Santa María, fundada por ella, que los obispos velen por el convento y por la observancia escrupulosa de la regla, y todos por la conservacion de los bienes de la comunidad.

«El obispo Maroveo, teniendo noticia de las imputaciones injuriosas que contra él publicaban las monjas sublevadas, envió á Porcario, abad de la basílica de San Hilario, al obispo

(2) Afluente del Vienne.

(metropolitano) Gundigiselo y á los obispos de su provincia, para rogarles que permitiesen á aquellas monjas el trato con el clero (pues de otro modo el mismo obispo se habria atraído tambien la excomunion) y que pudiesen comparecer ante él para oír sus declaraciones; pero no alcanzó nada. El rey Childeberto estuvo tambien asediado continuamente por ambas partes contendientes, el convento y las monjas fugadas, hasta que envió al sacerdote Teutaro al lugar de la contienda para oír y fallar las acusaciones que mutuamente se dirigian; pero cuando citó ante sí á Crodielta y á sus compañeras para tomarles declaracion, contestaron: «No iremos, porque estamos excluidas de todo trato con los fieles; cuando nos hayan vuelto á admitir en la comunión cristiana nos presentaremos.» Con esta contestacion fué Teutaro á consultar á los obispos, pero no logró que levantaran el entredicho que pesaba sobre las monjas rebeldes, y hubo de regresar á su ciudad. Las rebeldes, por su parte, se separaron; las unas se volvieron á sus casas con sus parientes; otras se casaron, y algunas se retiraron á los conventos en que habian estado antes (de entrar en el de Radegunda); porque no pudieron aguantar el frío del invierno por falta de leña en el sitio donde estaban. Muy pocas quedaron con Crodielta y Basina; pero entre estas dos reinaba tambien grandísima discordia, porque cada una queria ser mas que la otra.»

Aquí tenemos otro cuadro que basta por sí solo para demostrar que en aquellos reinos francos no habia todavía, fuera de la Iglesia, una organizacion social ni una legislación para la recta administracion de justicia.

«En este año (589) hubo un aguacero extraordinario despues de Pascua, mezclado con granizo, tanto, que hasta los menores arroyos estuvieron transformados durante dos ó tres horas en rios caudalosos. En otoño volvieron á florecer los árboles y á dar fruto; en el mes de noviembre se vieron rosas. Los rios crecieron extraordinariamente, salieron de madre, inundaron sitios que jamás habian alcanzado, y causaron mucho daño á los sembrados.

»Gripo, de regreso de su entrevista con el emperador Mauricio (en el año 590), refirió lo que sigue: «Habiendo desembarcado el año anterior con sus compañeros en un puerto de Africa se dirigieron juntos á Cartago, donde tuvieron que aguardar las órdenes del prefecto de Africa para pasar á donde estaba el emperador (1). Mientras estaban así detenidos, un criado de Evancio que formaba parte de la embajada, arrebató de las manos á un comerciante un objeto de valor y lo llevó á su posada; el robado corrió detrás de él y reclamó su propiedad; pero el otro no se dió por entendido, y así creció el escándalo de día en día, hasta que el comerciante encontró á aquel criado en la calle y le cogió del vestido, diciendo: «No te suelto hasta que me devuelvas lo que me has quitado á la fuerza.» El hombre trató de desasirse de todos modos, y sin reflexionar sacó la espada y mató al comerciante, volviendo en seguida á la posada donde nada dijo á sus compañeros. Los embajadores eran Bodegiselo, hijo de Mumoleno de Soissons; Evancio, hijo de Dinamio de Arlés, y Gripo, hijo tambien de padres francos. Mientras estos dormian la siesta, despues de comer, el prefecto de la ciudad, avisado de lo que habia pasado, se dirigió con soldados y el pueblo armado á la posada. Despertados los embajadores, ignorantes de todo, quedaron estupefactos. El jefe de la fuerza armada les gritó desde fuera: «Deponed las armas y salid á fin de que veamos pacíficamente cómo ha sucedido este asesinato.» Al oír esto quedaron espantados, y

(1) Esta embajada estaba relacionada con la campaña contra los longobardos en Italia, y con la suerte de Ingunda y de su hijo Atanagildo que habia sido llevado á Constantinopla. — Giesebrecht.

pidieron una garantía para salir sin armas. Se les juró respetar sus personas; pero la excitacion no les dejó cumplir su juramento, y tan pronto como salió Bodegiselo cayó atravesado de sus espadas, y lo mismo pasó á Evancio. Gripo, viendo á sus compañeros tendidos delante de la puerta de la posada, salió armado con sus criados, y dijo: «Ignorábamos lo que habia pasado, y ahora vosotros habeis dejado tendidos á mis compañeros de viaje enviados al emperador; Dios juzgará este atropello y hará justicia de este asesinato de inocentes que han venido aquí con intenciones pacíficas. En adelante ya no habrá paz entre nuestros reyes y vuestro emperador. Hemos venido para asegurar la paz y para dar auxilio á vuestro país; mas hoy tomo á Dios por testigo de que por vuestra culpa no se conservará la paz que los príncipes se habian prometido.» Diciendo esto y otras cosas á este tenor se fué disolviendo el cordon armado y unos tras otros se retiraron á sus casas. El prefecto fué á ver á Gripo, le tranquilizó y arregló la continuacion de su viaje, y llegado que hubo á presencia del emperador evacuó su comision y refirió la muerte de sus compañeros. El emperador se mostró disgustadísimo y prometió vengar las dos muertes, segun decidiera el rey Childeberto. Despues de esta audiencia, Gripo recibió regalos del emperador y regresó en paz á su país.

»Tan luego como el rey hubo oído la relacion de Gripo, mandó convocar la fuerza armada para marchar á Italia y envió veinte jefes con sus huestes contra el pueblo longobardo. Me parece innecesario citar aquí los nombres de estos jefes. Los jefes Andovaldo y Vintrio con la fuerza de la Champaña robaron, mataron y derramaron tanta sangre en su camino, que pasaba por Metz, que su hueste parecia un ejército enemigo que hubiera invadido el propio país de los francos. Así maltrataron al pueblo sedentario pacífico (2) antes de haber conseguido la menor ventaja sobre el enemigo.

»Cerca ya de la frontera de Italia dirigióse Andovaldo con seis jefes (3) por la derecha hácia Milan y acampó á alguna distancia de esta ciudad. Olose adelantó imprudentemente sobre Belinzona, plaza fuerte del territorio milanés, situada en las llanuras caninas (4), y recibió un golpe de pica debajo la tetilla que le dejó muerto. Allí los francos, ocupados en saquear la comarca á la desbandada, fueron sorprendidos y pasados á cuchillo por los longobardos. Hay en el territorio milanés un lago llamado Caresio (el de Lugano) del cual sale un rio pequeño pero profundo. Los francos, habiendo sabido que los longobardos acampaban á orillas de este lago, fueron allí, y aproximándose al citado rio vieron en la otra orilla á un longobardo armado de yelmo y coraza, y blandiendo una lanza, el cual gritó: «Hoy se ha de ver á quién Dios dará la victoria.» Esto debió de ser una señal. Pasaron algunos francos el rio, atacaron al longobardo y le dejaron muerto; entonces vieron pasar todo el ejército longobardo que echó á huir. En vista de esto pasaron los demás francos el rio, y no encontrando al enemigo sino solo el sitio donde habia acampado, volvieron á su campamento propio, donde se les presentó una embajada del emperador para decirles que un ejército (imperial) estaba cerca para auxiliarlos, añadiendo: «Dentro de tres dias estará aquí, y para señal pegaremos fuego á la casería que veis en aquella montaña.» Aguardaron seis dias segun habian convenido, pero no se presentó nadie.

»Cedino se habia dirigido con trece jefes á la izquierda y tomó por aquel lado en Italia cinco castillos, á cuyos habitantes hizo jurar fidelidad al rey Childeberto.»

(2) Los súbditos galo-romanos y otros de los francos.

(3) Con los de seis distritos.

(4) La orilla Norte del Lago Mayor.

Paulo Diácono refiere esta misma campaña, utilizando en parte la relacion de Gregorio de Tours, pero al parecer principalmente á otro autor anterior mejor enterado y más conocedor del país, Secundo de Trento. Segun Paulo Diácono, fué el motivo de esta campaña el honroso recibimiento que habia hecho á Gripo el emperador Mauricio y su promesa de dar una satisfaccion cumplida por el agravio de Cartago. El mismo dice tambien que los jefes principales de la hueste franca eran Andovaldo, Odo ú Olo y Cedino.

«Hasta Verona llegaron los francos que destruyeron en el territorio de Trento los castillos siguientes, la mayor parte despues que los habitantes se habian sometido sin resistencia: Tesana (Tesino), Maletto, Sermitana, Apiano, Fagitana, Cimbra, Viciano, Bremiónico, Volano, Enemase, dos otros en Valsugana en el territorio de Verona, llevándose además los habitantes prisioneros; pero los de Ferruga fueron rescatados por la mediacion de los obispos Ingenuino de Sabiona y Añelo de Trento pagando un sueldo por cada individuo, en junto seiscientos sueldos.

»La disentería hizo grandes estragos en la hueste de Cedino, porque su gente no estaba acostumbrada al clima y muchos sucumbieron; mas el viento que se levantó, trajo lluvia y esta refrescó el aire, con lo cual se disminuyó la epidemia. Por espacio de cerca de tres meses recorrieron la Italia, pero sin obtener ventaja alguna, porque los enemigos se hicieron fuertes en sus mejores castillos, ni menos pudieron coger al rey que se habia parapetado en la ciudad de Pavia, por cuya razon la hueste franca, debilitada segun dijimos por el aire malsano y diezmada por el hambre, resolvió regresar á su país, sometiendo de paso al rey Childeberto todos los lugares que habian pertenecido á su padre y llevándose los prisioneros y el botin que pudieron. En el tránsito pasaron mucha hambre, teniendo que cambiar sus armas y ropas por víveres.

»Aptario (ó Autaris), el rey de los longobardos, envió al rey Gontran una embajada para decirle: «Nosotros, oh piadosísimo rey, deseamos ser vuestros fieles súbditos y de vuestra familia, como lo hemos sido de vuestros mayores, y no faltamos á los juramentos que nuestros padres han hecho á vuestros antecesores.»

Esta dependencia solo puede referirse á pactos hechos por alguna tribu longobarda limítrofe del territorio franco despues de verse castigada por expediciones guerreras francas, porque ni Paulo Diácono ni otros testimonios hablan de semejante sumision, de suerte que este discurso de la embajada longobarda debe de ser obra de Gregorio de Tours, repetido despues por Fredegario.

«De consiguiente, — continuaron, — dejad de perseguirnos, y que haya entre nosotros paz y concordia, á fin de que podamos en caso necesario auxiliarnos contra vuestros enemigos, y de que vuestro pueblo y el nuestro podamos vivir seguros y hacernos temer de nuestros vecinos.» El rey Gontran se mostró tambien pacífico y envió los embajadores á su sobrino Childeberto; pero cuando estuvieron en la corte de éste, vinieron otros mensajeros con la noticia de que el rey Aptario habia muerto y ocupaba su lugar Paulo, llevando además la misma mision que la embajada primera. El rey Childeberto les fijó un dia para contestarles lo que le pareciera mas conveniente, y los hizo retirar á sus casas.»

Autaris murió el 2 de setiembre del año 590. Su viuda Teodelinda se casó despues con Agilulfo, por manera que no se sabe quién podia haber sido este sucesor Paulo.

«Mauricio hizo entregar á Childeberto, maniatados y cargados de cadenas, los hombres de Cartago que el año anterior habian muerto á sus embajadores, dejándole dueño de darle muerte, si así lo quisiese, pero si preferia rescate, le

ofrecia por cada uno de ellos (eran doce) 300 monedas de oro, bajo la condicion de que con esto quedaria arreglado el asunto y consolidada la amistad entre ellos. El rey Childeberto no quiso admitir los prisioneros y dijo á los embajadores: «¿Quién sabe si estos hombres son los verdaderos asesinos? Quizás son esclavos de cualquiera, mientras los hombres nuestros eran gente libre y de buena familia.» Gripo, que estaba presente, dijo: «El prefecto de aquella ciudad habia reunido de 2,000 á 3,000 hombres con los cuales nos atacó y mató á mis compañeros, y tambien habria perecido yo si no hubiese sabido defenderme. Si vuelvo allí, conoceré á las personas á quienes vuestro emperador tiene que castigar si quiere tener paz con nuestro amo.» En fin despidiólos el rey diciendo que enviaria tras ellos otra embajada al emperador.»

Lo mas interesante de este trozo es que el rey Childeberto no quiso admitir las doce víctimas expiatorias sin saber si eran esclavos ú hombres libres y de buena familia. Esta última condicion es singular, pues que los francos segun ahora los conocemos solo podian entender por buena familia, la que habia estado siempre libre ó la que antiguamente habia dado jefes de expedicion á cualquiera de las infinitas y poco numerosas tribus independientes entre sí en que vivian divididos los germanos, si bien muy pocas de estas familias debian de haberse librado de las continuas matanzas entre las tribus. Mas probable es que se refiera esta expresion á las familias de los jefes de fuerza armada y de gobierno de los reyes merovingios.

La posicion de Childeberto adquirió entonces nueva importancia y nuevo lustre con las simultáneas embajadas y los obsequios que este rey recibió del emperador de Oriente y de los reyes longobardos con cuyos territorios confinaba el suyo por la parte del Tirol meridional y de la Suiza, donde sus caudillos conquistaron los castillos enumerados antes. Gontran confinaba con los longobardos por la parte de los Alpes Marítimos; pero desde algun tiempo tenia su atencion fija en los godos de España.

«En aquellos dias Chupa, que habia sido en otro tiempo caballero mayor de Chilperico, invadió el territorio de Tours para saquearlo y llevarse los ganados y demás botin que pudiese; pero los habitantes (labradores), avisados á tiempo, se juntaron en todas partes, persiguieron su banda, le arrebataron el botin que habia hecho, mataron á dos de sus siervos y prendieron á otros dos, enviándolos bien atados al rey Childeberto. Chupa se escapó solo. El rey mandó encerrarles en un calabozo y preguntarles quién habia facilitado á Chupa los medios de salvarse, á lo cual contestaron que habia sido Animodo, delegado del gobernador en aquel distrito. Entonces envió el rey orden al gobernador (de Tours) de enviar ante él, si queria paz y aun matarle si opusiera resistencia. Animodo no hizo resistencia, presentó fadores y marchó á donde le fué mandado. Fué presentado junto con Chupa al doméstico Flaviano, que examinó la causa y encontrando á ambos inocentes los dejó marchar á sus casas, no sin que antes le hubiesen hecho regalos.»

Aquí vemos un caso de la justicia soberana ejercida por un funcionario de palacio que con el descaro mas ingenuo se deja cohechar con regalos y pone en libertad á los acusados, uno de los cuales era positivamente, en el concepto de hoy, un criminal rematado, si bien no debió de serlo en concepto de los francos, sobre todo de los poderosos. Así se explica que el rey, para hacer cumplir la orden de prision, tuviera que halagar al gobernador encargado de su cumplimiento prometiéndole su favor, y así se explica tambien que aquellos reyes, para castigar á los que les perjudicaban ó estorbaban, se valieran del asesinato y de la traicion.